

Una esperanza que infunde paz

La promesa de que Cristo vendrá por segunda vez para completar la gran obra de la redención es la nota tónica de las Sagradas Escrituras. Desde el Edén, los hijos de la fe han esperado la venida del Prometido que los traería de nuevo al paraíso perdido.

Enoc, en la séptima generación descendiente de los que habitaron en el Edén, y quien por tres siglos caminó con Dios, declaró: ¡He aquí que viene el Señor, con las huestes innumerables de sus santos ángeles, para ejecutar juicio sobre todos!” (S. Judas 1:14, 15). “Yo sé que mi redentor vive, y que al final triunfará sobre la muerte. [...] veré a Dios con mis propios ojos. Yo mismo espero verlo; espero ser yo quien lo vea, y no otro” (Job 19:25-27). Los poetas y los profetas de la Biblia se han espaciado en la venida de Cristo con ardientes palabras de fuego celestial. “¡Alégrese los cielos, regocíjese la tierra! [...] ¡Canten delante del Señor, que ya viene! ¡Viene ya para juzgar la tierra! Y juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con fidelidad” (Salmo 96:11-13).

Dijo el profeta Isaías: “En aquel día se dirá: ¡Este es nuestro Dios! ¡Este es el Señor, a quien hemos esperado! ¡Él nos salvará! ¡Nos regocijaremos y nos alegraremos en su salvación!” (Isaías 25:9).

El Salvador consoló a sus discípulos con la seguridad de que él vendría otra vez: “En el hogar de mi Padre hay muchas viviendas [...]. Voy a prepararles un lugar. Y, si me voy [...], vendré para llevármelos conmigo. Así ustedes estarán donde yo esté” (S. Juan 14:2, 3). “Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, con todos sus ángeles, se sentará en su trono glorioso. Todas las naciones se reunirán delante de él” (S. Mateo 25:31, 32).

Los ángeles les repitieron a los discípulos la promesa de su regreso: “Este mismo Jesús, que ha sido llevado de entre ustedes al cielo, vendrá otra vez de la misma manera que lo han visto irse” (Hechos 1:11). Y Pablo testificó: “El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios” (1 Tesalonicenses 4:16). El profeta de Patmos escribió: “¡Miren que viene en las nubes! Y todos lo verán con sus propios ojos” (Apocalipsis 1:7).

Entonces será quebrantado el poder del mal que ha durado por tanto tiempo: “El reino del mundo ha pasado a ser de nuestro Señor y de su Cristo, y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). “El Señor omnipotente hará que broten la justicia y la alabanza ante todas las naciones” (Isaías 61:1).

Entonces el reino de paz del Mesías será establecido: “El Señor consolará a Sion; consolará todas sus ruinas. Convertirá en un Edén su desierto; en huerto del Señor sus tierras secas” (Isaías 51:3).

La venida del Señor ha sido en todos los siglos la esperanza de sus verdaderos seguidores. En medio de los sufrimientos y la persecución, “la gloriosa venida de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” era la “bendita esperanza” (Tito 2:13). Pablo señaló que la resurrección ocurriría en ocasión de la venida del Salvador, cuando los muertos en Cristo se levantarían, y junto con los vivos serían arrebatados para encontrar al Señor en el aire. “Y así estaremos con el Señor para siempre. Por lo tanto, animense unos a otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:17, 18).

En Patmos el discípulo amado oyó la promesa: “Sí, vengo pronto”, y su respuesta es un eco de la oración de la Iglesia: “¡Ven, Señor Jesús!” (Apocalipsis 22:20).

Desde la cárcel, la hoguera y el patíbulo, donde los santos y los mártires dieron testimonio de la verdad, resuena a través de los siglos la expresión de su fe y esperanza. Estando “seguros de la resurrección personal de Cristo y, por consiguiente, de la suya propia a la venida del Señor –dice uno de estos cristianos–, ellos despreciaban la muerte y la superaban”.¹ Los valdenses abrigaron la misma fe. Wiclef, Lutero, Calvino, Knox, Ridley y Baxter anticiparon con fe la venida del Señor. Tal fue la esperanza de la Iglesia apostólica, de la “Iglesia en el desierto” y de los reformadores.

La profecía no solamente predice la manera y el propósito de la segunda venida de Cristo, sino que presenta las señales por las cuales las personas habían de saber cuándo ese día estaría cerca. “Habrá señales en el sol, la luna y las estrellas” (S. Lucas 21:25). “Se oscurecerá el sol y no brillará más la luna; las estrellas caerán del cielo y los cuerpos celestes serán sacudidos. Verán entonces al Hijo del hombre venir en las nubes con gran poder y gloria” (S. Marcos 13:24-26). El profeta Juan describe de esta manera la primera de las señales que habría de preceder a la Segunda Venida: “Se produjo un gran terremoto. El sol se oscureció como si se hubiera vestido de luto, la luna entera se tornó roja como la sangre” (Apocalipsis 6:12).

El terremoto que hizo temblar al mundo

En cumplimiento de esta profecía, ocurrió en 1755 el más terrible terremoto que jamás se haya registrado. Conocido como “el terremoto de Lisboa”, se extendió por toda Europa, África y América. Se sintió en Groenlandia, las islas del Caribe, la isla de Madeira, Noruega y Suecia, Gran Bretaña e Irlanda, en una extensión de no menos de diez millones de kilómetros cuadrados. En África, el temblor fue casi tan fuerte como en Europa. Una gran parte de la ciudad de Argel fue destruida. Una ola gigantesca barrió las costas de España y África, y arrasó ciudades enteras.

Montañas, “algunas de las más grandes de Portugal, fueron sacudidas impetuosamente, por así decirlo, desde sus cimientos; y algunas de ellas se abrieron en sus cúspides, que se partieron en forma asombrosa, y grandes rocas fueron arrojadas en los valles adyacentes. Se dice que de estas montañas salieron llamadas de fuego”.

¹Daniel T. Taylor, *The Reign of Christ on Earth; or The Voice of the Church in All Ages* [El reinado de Cristo en la Tierra; o La voz de la Iglesia en todas las épocas], p. 33.

En Lisboa “se oyó bajo la tierra ruido de truenos e, inmediatamente después, una violenta sacudida derribó la mayor parte de la ciudad. En el curso de aproximadamente seis minutos, murieron 60.000 personas. El mar primeramente se retiró, y dejó seca la playa, pero luego volvió en una ola que se elevó 16 metros o más por encima de su nivel normal”.²

“El terremoto ocurrió en un feriado religioso, cuando las iglesias y los conventos estaban llenos de asistentes, de los que muy pocos escaparon”.³ “El terror de la gente sobrepasaba toda descripción. Nadie lloraba; el siniestro superaba la capacidad de derramar lágrimas. Todos corrían de aquí para allá, delirantes de horror y espanto, golpeándose la cara y el pecho, y gritando: ‘¡Misericordia! ¡Llegó el fin del mundo!’ Las madres se olvidaban de sus hijos, y corrían de un lado a otro, llevando crucifijos. Desgraciadamente, muchos acudieron a las iglesias para hallar protección; pero en vano se expuso el sacramento; en vano las pobres criaturas abrazaban los altares; imágenes, sacerdotes y pueblo fueron enterrados en una ruina colectiva”.

El oscurecimiento del sol y la luna

Veinticinco años más tarde, apareció la siguiente señal mencionada en la profecía: el oscurecimiento del sol y de la luna. El tiempo de su cumplimiento había sido definitivamente señalado en la conversación del Salvador con sus discípulos sobre el Monte de los Olivos. “En aquellos días, después de esa tribulación, se oscurecerá el sol y no brillará más la luna” (S. Marcos 13:24). Los 1.260 días —o años— terminaron en 1798. Un cuarto de siglo antes, la persecución había cesado casi totalmente. Después de esta persecución, el sol había de oscurecerse. El 19 de mayo de 1780 se cumplió esta profecía.

Un testigo ocular que vivía en Massachusetts describió el suceso con las siguientes palabras: “Un denso nubarrón negro se extendió por todo el firmamento, dejando tan solo un estrecho borde en el horizonte y haciendo tan oscuro el día como suele serlo en verano a las nueve de la noche [...]”.

“El temor, la angustia y el espanto gradualmente llenaron las mentes del pueblo. Las mujeres estaban en las puertas, observando el paisaje tenebroso; los hombres regresaron de su labor en los campos; el carpintero dejó sus herramientas; el herrero, su fragua; y el comerciante, su mostrador. Las escuelas cancelaron las clases, y los niños, temblorosos, se apresuraron a sus hogares. Los viajeros se acercaron a la granja más inmediata. ‘¿Qué está por venir?’ se preguntaron todos los labios y los corazones. Parecía que un huracán estuviese por barrer el país, o que fuera el día de la consumación de todas las cosas.

“Se prendieron velas; y la luz del hogar brillaba como en las noches sin luna de otoño. [...] Las gallinas se fueron a dormir a sus gallineros, el ganado se juntó en los corrales y mugía, las ranas croaban, los pájaros entonaron sus melodías del

² Sir Charles Lyell, *Principles of Geology* [Principios de geología], p. 495.

³ *Encyclopedia Americana*, artículo “Lisboa” (ed. 1831).

anochecer, y los murciélagos se pusieron a revolotear. Pero los humanos sabían que no había llegado la noche [...].

“Se reunieron las congregaciones en muchos [...] lugares. En todos los casos, los textos de los sermones improvisados parecían indicar que la oscuridad concordaba con la profecía bíblica. [...] La oscuridad fue más densa poco después de las once de la mañana”.⁴

“En la mayor parte del país la oscuridad fue tan grande durante el día que la gente no podía decir qué hora era ni por el reloj de bolsillo ni por el de pared. Tampoco podía comer ni atender las tareas de la casa sin una vela prendida”.⁵

La luna como sangre

“La oscuridad de la noche no fue menos extraordinaria o aterradora que la del día, pues aun cuando casi era tiempo de luna llena, no podía divisarse ningún objeto sino con la ayuda de alguna luz artificial, luz que cuando se observaba desde las casas vecinas y otros lugares a la distancia, se asemejaba a la oscuridad de Egipto, casi impermeable a sus rayos”.⁶ “Si todos los cuerpos luminosos del universo hubieran sido envueltos en impenetrables sombras, o hubieran sido eliminados, las tinieblas no podrían haber sido más completas”.⁷ Después de la medianoche, la oscuridad se disipó, y la luna, cuando fue vista, tenía apariencia de sangre.

El 19 de mayo de 1780 se destaca en la historia como “el día oscuro”. Desde los tiempos de Moisés no se había registrado ninguna oscuridad de una densidad semejante, ni de una duración igual. La descripción dada por los testigos oculares es un eco de las palabras registradas por el profeta Joel 2.500 años antes: “El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre antes que llegue el día del Señor, día grande y terrible” (Joel 2:31).

“Cuando comiencen a suceder estas cosas –dijo Jesús–, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su redención”. Él llamó la atención de sus seguidores a los árboles que estaban a punto de florecer en primavera: “Cuando brotan las hojas, ustedes pueden ver por sí mismos y saber que el verano está cerca. Igualmente, cuando vean que suceden estas cosas, sepan que el reino de Dios está cerca” (S. Lucas 21:28, 30, 31).

Pero en la Iglesia, el amor de Cristo y la fe en su venida se habían enfriado. El profeso pueblo de Dios estaba ciego a las instrucciones del Salvador referentes a las señales de su aparición. La doctrina del Segundo Advenimiento había sido descuidada, hasta que llegó a ser, en gran medida, olvidada e ignorada, especialmente en los Estados Unidos. Un fervor absorbente por la ganancia de dinero, y el

⁴ *The Essex Antiquarian* [El Anticuario de Essex], abril de 1899, t. 3, Nº 4, pp. 53, 54.

⁵ William Gordon, *History of the Rise, Progress and Establishment of the Independence of the USA* [Historia de la iniciación, el progreso y el establecimiento de la independencia de los EE.UU.], t. 3, p. 57.

⁶ Isaiah Thomas, *Massachusetts Spy; or American Oracle of Liberty* [El espía de Massachusetts; o El oráculo estadounidense de la libertad], t. 10, Nº 472 (25 de mayo de 1780).

⁷ Carta del Dr. Samuel Tenney, de Exeter, New Hampshire, diciembre de 1785, en *Massachusetts Historical Society Collections* [Colecciones de la Sociedad Histórica de Massachusetts], 1792 (1ª serie, t. 1, p. 97).

ansia de popularidad y poder, indujo a los seres humanos a poner muy en lo futuro ese día solemne, cuando terminará el actual orden de cosas.

El Salvador predijo el estado de apostasía que existiría precisamente antes de su segunda venida. Para los que vivieran en ese tiempo, Cristo dejó esta amonestación: “Tengan cuidado, no sea que se les endurezca el corazón por el vicio, la embriaguez y las preocupaciones de esta vida. De otra manera, aquel día caerá de improviso sobre ustedes. [...] Estén siempre vigilantes, y oren para que puedan escapar de todo lo que está por suceder, y presentarse delante del Hijo del hombre” (S. Lucas 21:34, 36).

Era necesario que las personas fueran despertadas y pudieran prepararse para los solemnes acontecimientos relacionados con el fin del tiempo de gracia. “El día del Señor es grande y terrible. ¿Quién lo podrá resistir?” (Joel 2:11). ¿Quién soportará la aparición de aquel de quien está escrito: “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Habacuc 1:13, RV60)? “Castigaré por su maldad al mundo, y por su iniquidad a los malvados. Pondré fin a la soberbia de los arrogantes y humillaré el orgullo de los violentos” (Isaías 13:11). “No los podrán librar ni su plata ni su oro”; “en botín se convertirán sus riquezas, sus casas en desolación” (Sofonías 1:18, 13).

El llamado a despertar

Ante la proximidad de este gran día, la Palabra de Dios llama a su pueblo para que despierte y busque el rostro del Señor con arrepentimiento:

“Ya viene el día del Señor; en realidad ya está cerca” (Joel 2:1). “Toquen la trompeta en Sion, proclamen el ayuno, convoquen a una asamblea solemne. Congreguen al pueblo, purifiquen la asamblea; junten a los ancianos del pueblo, reúnan a los pequeños [...]. Lloren, sacerdotes, ministros del Señor, entre el pórtico y el altar” (Joel 2:15-17). “Vuélvanse a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos. Rásguense el corazón y no las vestiduras. Vuélvanse al Señor su Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor” (Joel 2:12, 13).

Debía realizarse una gran obra de reforma para preparar al pueblo con el fin de que estuviera en pie en el Día de Dios. En su misericordia, el Señor estaba por enviar un mensaje para despertar a quienes profesaban ser su pueblo y llevarlos a prepararse para la venida del Señor.

La amonestación se encuentra en Apocalipsis 14. Aquí hay un mensaje triple que se presenta como proclamado por seres celestiales, seguido de inmediato por la venida del Hijo del Hombre para segar “la cosecha de la tierra”. El profeta vio “a otro ángel que volaba en medio del cielo, y que llevaba el evangelio eterno para anunciarlo a los que viven en la tierra, a toda nación, raza, lengua y pueblo. Gritaba a gran voz: ‘Temán a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales’” (Apocalipsis 14:6, 7).

Este mensaje es una parte del “evangelio eterno”. La obra de predicar ha sido confiada a los seres humanos. Santos ángeles la dirigen, pero la verdadera proclamación del evangelio la realizan los siervos de Dios que están sobre la Tierra.

Personas fieles, obedientes a los llamados del Espíritu de Dios y a las enseñanzas de su Palabra, habrían de proclamar esta amonestación. Ellas habían estado procurando el conocimiento de Dios, estimándolo “de más provecho que la plata” porque “rinde más ganancias que el oro” (Proverbios 3:14). “Los secretos del Señor son para los que le temen, y él les dará a conocer su pacto” (Salmo 25:14, NBLA).

Un mensaje dado por personas humildes

Si los teólogos eruditos hubieran sido fieles centinelas, que investigaran en forma diligente y con oración las Escrituras, todos ellos habrían conocido el tiempo en que vivían. Las profecías les habrían revelado los acontecimientos que estaban a punto de ocurrir. Pero el mensaje fue dado por personas más humildes. Los que descuidan buscar la luz cuando esta está a su alcance son dejados en las tinieblas. Pero el Salvador declara: “El que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (S. Juan 8:12). A esa persona se le enviará alguna estrella de brillo celestial para guiarla a toda la verdad.

Al tiempo de la primera venida de Cristo, los sacerdotes y los escribas de la ciudad santa deberían haber determinado “las señales de los tiempos” y proclamado la venida del Prometido. Miqueas señaló el lugar de su nacimiento; Daniel, el tiempo de su advenimiento (Miqueas 5:2; Daniel 9:25). Los líderes judíos no tenían excusa por su ignorancia. Su desconocimiento era el resultado de un descuido pecaminoso.

Con profundo interés los ancianos de Israel debían haber estado estudiando el lugar, el tiempo y las circunstancias del acontecimiento más grande de la historia del mundo: la venida del Hijo de Dios. El pueblo debía haber estado aguardando la ocasión para darle la bienvenida al Redentor del mundo; pero en Belén, dos viajeros cansados de Nazaret recorrieron toda la estrecha calle que va hasta el confín oriental de la ciudad, buscando en vano un refugio para la noche. Ninguna puerta se abrió para recibirlos. En un miserable cobertizo preparado para el ganado encontraron por fin refugio, y allí nació el Salvador del mundo.

Ángeles fueron enviados para llevar las alegres noticias a los que estaban preparados para recibir las y propagarlas con gozo. Cristo había descendido para tomar sobre sí mismo la naturaleza humana, para soportar una carga infinita de desgracia al ofrendar su alma por el pecado. Sin embargo, los ángeles desearon que, aun en su humillación, el Hijo del Altísimo apareciera delante de los seres humanos con una dignidad y gloria que cuadrara con su carácter. ¿Se reunirían las personas grandes de la Tierra en la capital de Israel para darle al Señor la bienvenida? ¿Sería presentado por legiones de ángeles a la multitud expectante?

Un ángel visitó la Tierra para ver quiénes estaban preparados para darle la bienvenida a Jesús, pero no oyó ninguna voz de alabanza por el hecho de que el período de la venida del Mesías fuera inminente. El ángel sobrevoló la ciudad escogida y el Templo donde se había manifestado la presencia divina durante siglos, pero incluso allí existía la misma indiferencia. Los sacerdotes, llenos de pompa y orgullo, ofrecían sacrificios contaminados. Los fariseos hablaban al pueblo con grandes voces o hacían oraciones jactanciosas en las esquinas de las calles. Los reyes,

los filósofos, los rabinos, todos estaban inconscientes del hecho maravilloso de que el Redentor de los seres humanos estaba por aparecer.

En su asombro el mensajero celestial estaba por regresar al Cielo con las vergonzosas noticias, cuando descubrió a un grupo de pastores que cuidaban sus rebaños durante las horas de la noche. Mientras observaban los cielos estrellados, meditaban en la profecía de un Mesías que había de venir y anhelaban el advenimiento del Redentor del mundo. Aquí había un grupo preparado para recibir el mensaje del Cielo. De repente la gloria celestial inunda toda la llanura, y una compañía innumerable de ángeles aparece en la escena; y como si el gozo fuera demasiado grande para que solamente un mensajero lo trajera del Cielo, una multitud de voces irrumpe entonando los cánticos que todas las naciones de los salvos elevarán algún día: "Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los que gozan de su buena voluntad" (S. Lucas 2:14).

¡Qué lección encierra esta admirable historia de Belén! ¡Cómo reprende nuestra incredulidad, nuestro orgullo y nuestra suficiencia propia! ¡Cómo nos amonesta a tener cuidado, para que no dejemos de discernir las señales de los tiempos y, en consecuencia, no reconozcamos el día en que Dios vendrá a salvarnos!

No solamente entre los humildes pastores encontraron los ángeles personas que esperaban al Mesías venidero. En la tierra de los paganos también había gente que lo esperaba: personas ricas, nobles y sabias, los filósofos del Oriente. Habían descubierto en las Escrituras hebreas que había de aparecer la estrella de Jacob. Con anhelante deseo aguardaban la venida del Señor, quien no solamente sería "la redención de Israel", sino también una "luz que ilumina a las naciones" y "salvación hasta los confines de la tierra" (S. Lucas 2:25, 32; Hechos 13:47). La estrella enviada por el Cielo guio a extranjeros gentiles al lugar del nacimiento del rey que acababa de nacer.

Es para "traer salvación a quienes lo esperan" que Cristo "aparecerá por segunda vez, ya no para cargar con pecado alguno" (Hebreos 9:28). A semejanza de las noticias relacionadas con el nacimiento del Salvador, el mensaje del Segundo Advenimiento no fue encomendado a los dirigentes religiosos del pueblo. Ellos habían rechazado la luz del Cielo; por lo tanto, no se encontraban entre los descritos por el apóstol San Pablo: "Ustedes, en cambio, hermanos, no están en la oscuridad para que ese día los sorprenda como un ladrón. Todos ustedes son hijos de la luz y del día. No somos de la noche ni de la oscuridad" (1 Tesalonicenses 5:4, 5).

Los centinelas apostados sobre los muros de Sion debieran haber sido los primeros en recoger las noticias del advenimiento del Salvador, los primeros en proclamarlo cerca. Pero en cambio estaban despreocupados, mientras el pueblo dormía en sus pecados. Jesús vio a su Iglesia, semejante a la higuera estéril, con hojas de pretensión y desprovista del fruto precioso. El espíritu de verdadera humildad, arrepentimiento y fe estaba ausente. Había orgullo, formalismo, egoísmo, opresión. Una Iglesia apóstata había cerrado sus ojos a las señales de los tiempos. Se alejaron de Dios y se apartaron de su amor. Al negarse a cumplir con las condiciones, las promesas del Señor no se cumplieron para ellos.

Muchos de los que profesaban ser seguidores de Cristo se negaron a recibir la luz del Cielo. A semejanza de los judíos de la antigüedad, no reconocieron el tiempo en que Dios vendría a salvarlos. El Señor los pasó por alto y reveló su verdad a los que, a semejanza de los pastores de Belén y de los magos del oriente, habían prestado oídos a toda la luz que habían recibido.